



# Martes de poesía

## Noé Blancas Blancas

---



FLECHA ROJA EDICIONES

## **Martes de poesía**

Noé Blancas Blancas

**Martes de poesía**

## DEL OTRO LADO

¿Y si al final no estás, de estos manglares,  
ni sirena ni sílfide ni música;  
ni te deshilan áncoras ni calmas,  
ni te deslía como a mí esta lluvia?

Farfulleras, remiendan, las luciérnagas,  
murmullo intransitable, turbia angustia.  
Indescifrable aullido quema su ala.  
Una amarga bandada de responsos  
revienta, como balsa tumefacta.

Alguien troncha la flor que busca, errátil,  
su narcótico dulce al otro lado  
de lo frágil, del ámbar fugitivo.  
Convulsionado, sordo, como un charco,  
mi corazón, sin voz, está vacío.

Ha zarpado mi barco como un ebrio  
de aguaceros, como una letanía;  
la brújula inmutable, mas sin costa.  
¿De dónde volverá, desde qué orilla?

No lo fondea nadie ni lo vuelve,  
ni cuencas ni caletas ni bahías.  
Infierno donde, estática, se agita  
sin remitente, apócrifa, la vida.

Anónimos estigmas se me enraizan.

En ellos huracán ni sangre aúllan.  
La guerra ha concluido con la guerra.  
Mi herida no denuncia puya alguna.

Más allá del escampe, del Infierno,  
tal vez me sobreviva, amor, tu aliento.

Tal vez el limo, ni raíz ni fruta.

Mas, ¿si al final no estás, de estos manglares,  
ni te deslizé como a mí esta lluvia?

## AMANECÍAS PLÁCIDA

Plácida,  
sin anclas, sin amarras  
cautivos a la orilla tus indomables barcos,  
amanecías. Viejos,  
frustrados pescadores, mis redes  
ajenas al océano que les da vida y forma,  
se enfriaban, ya vacías  
de ti, de tus oleajes, a tu partida,  
huérfanas.

Heridas  
amorfas, sin sus clavos,  
florecen en mis manos,  
como en los troncos  
truncos  
los símbolos  
grabados en la carne del inocente tallo;  
los bordes adversarios no se unen,  
mas se huyen.

Antiguas, no cerradas sepulturas,  
los días han abierto sus abismos.

A mi voz todo estalla, nada nombro  
que no se vuelva sal. Inconcebidos,  
los peces se oscurecen.  
Primitivo  
el mundo es, o imposible.

Violento  
acantilado. Y sucio. Playa ausente.

Están, dioses coléricos,  
naufragando los muelles. Te has marchado.  
Ha nacido, a tu espalda,  
la frontera  
donde el fuego y la tierra, donde el aire  
y la piedra,  
donde nada y la guerra.  
Te has marchado.

(Amanecías,  
plácida.)

Pero antes, un jadeo,  
un balanceo antes, un naufragio  
antes, y fue el advenimiento  
de las redes colmadas, de los frutos;  
la roca vuelta brisa, fortaleza  
más flor que cementerio; eterno eclipse  
de mar en la difusa  
orilla —ni vacío  
ni carne; ni pupila ni sombra; ni memoria  
ni olvido— de tu piel,  
que acaricia el abismo. Fue posible  
el beso, en el oleaje de tus labios,  
del Infierno y la Gloria.  
Fue posible.

### **PARA PODER TOCARTE**

¿Qué ha sido de la calle, de los días,  
las brújulas, los barcos, mi alarido,  
que eran caminos únicos, desnudos,  
para llegar al fuego  
de tu tierra y mi cielo y tu cascada  
y mis cuaresmas todas?

¿Qué han sido cuando ya para otro ocaso  
no hay rostro, voz ni cita para nunca?

Mi corazón no viaja. Vieja estela  
denuncia  
una mano, un cincel, alguna brea;  
una bandada de senos y de cruces,  
una luna  
con su frustrado cauce hacia la tierra,  
todo perdido ya.

Inexistente.

Es piedra rubricada por el musgo  
que ha desprendido el fuego y que persiste,  
no obstante ausente, fiera dentellada  
amorosa.

Mi corazón no va a ninguna parte.

Si nadie lo camina, ¿qué ha de hacerse,  
inútil, el camino, para siempre,  
desgastado?

Una calle, tan fría, llena sólo  
de nuestros árboles enormes,  
lapidados.

Un museo de pájaros inválidos.

Hacia los cuatro puntos hay ocasos,  
mas ya no habrá otro sol en el océano.  
Todos los rumbos llevan al destierro  
y hacia la mutación de los vestigios.

Estás donde no estás. En otra parte. Lejos.  
Sin piel ni espina para ser tocada.

La rosa de los vientos se ha secado.

## **SOBRESALTO**

¿Qué momento me asalta en este instante  
que me enerva y me vuelve gris, soluble,  
en el aire, en el tiempo, a ras de suelo?

Una fruta me vuelve sombra o carne;

un suspiro de sal desproporciona

mi estatua de ceniza, no de arena.

Mas, ¿qué en eterno instante soy, subsisto,  
en que ni yo ni el tiempo ni el espacio  
me dan forma ni flor, ni lluvia: nada?

La mañana, quizá, más que nublada,  
no a los ojos, no obstante, mas nublada  
a las manos, nublada para el cuerpo;  
una calle, tal vez, larga y grisácea,  
esas calles que vuélvense desiertos  
de basuras, de polvos, de mendigos.

Sol y frío, combinación sin lógica.

¿Qué momento me ataca o me cautiva  
—o quizá, felizmente, resucita—  
que no me reconozco, que no puedo  
pertenercer al este, aquí, ahora?

Un espacio, quizá, sin pertenencia,  
es decir, que a mí no me pertenece,  
ni me ha pertenecido

(¿puede arrobarnos algún instante ajeno,  
otros espacios sustraer podemos  
a la vigilia de alguien a quien nunca  
con las manos amamos; a las tardes  
sin playas que exclusivamente a ella  
vivir, beber, blandir le ha sido dado?).

Una asunción fugaz, párpado efímero,  
resurrección de ti, hacia ti, por ti,  
de nuevo vida nueva.

Infierno.

El Infierno de no ser pero no  
dejar de ser. De ser intermitente.

¿Qué momento, qué instante  
soy y he sido?

Por mis manos se vuelven las hormigas.

## POEMA PARA LEERSE EN LA PENUMBRA

Sólo nombra mis pies. Y un poco,  
un tanto balbuciendo,  
mi boca.

No mis manos, que no quiero perder,  
ni mis ojos, que apenas y descansan de mí,  
de los faroles ¡oh, tan convalecientes!  
en que se han convertido las cascadas  
de nuestros mediodías.

Sólo nombra mis pies. Y como no queriendo  
mis calvarios.

Nómbrate tú. Lluvia de luz, de canto y de sahumerio.  
Nombra tu frente, tu cuello.  
Di tu seno.  
Brote la luz de tu voz sobre tu cuerpo.

Antes que tú los nombraras, ¿dónde estaban  
las bestias, los peces, los insectos,  
el agua y la tierra? ¿Dónde el fuego  
y el camino para llegar al fuego?

¿Dónde estaba el silencio  
sin tu boca cerrada, sin tus ojos  
dormidos, sin tu cuerpo hecho luna de tan plácido?  
¿Dónde dejaba derrumbarse como un muerto  
el silencio?

(Nombra también el silencio).

En tu boca, en tu voz dormía el sueño eterno  
el amor, la verdad. El sufrimiento.

Como la lluvia y la luz que sobre el mundo viejo  
vuelven,  
venga tu voz a renombrar,  
a renovar las cosas,  
los caminos y los cuerpos.

Y un poco, también —un poco—  
este destierro.

## **MARAÑA Y FUGA**

¡Qué bien una mañana entre tu pelo  
—una no más para no enfermar después,  
ya sin tu aroma—!

Deshilado, hecho tiras  
en la diáfana sombraluz de tu cabello.

¡Qué bien estaría, sobrio de tan ebrio,  
con la razón y la mirada y cielo  
prendidos de tus hilos,  
mientras apenas tu telaraña deja  
como un espejo roto ver el mundo!

¡Qué bien estaría, enmarañado,  
desmañanado,  
una mañana  
—una no más para no morir después,  
presa de hienas, en tus redes—  
entre tus junglas!  
Una, no más, hecho una lluvia  
que escurre en el cristal roto, sombrío.

Pero una tarde prófuga  
debajo de los pájaros.  
Fugitivo, eternamente.

¡Qué bien estaría despertando  
escapando hacia el océano

siempre  
desde las redes rebosantes  
de tu pelo!

¡Dormir esclavo y despertar con alas,  
isla mía!

## CONDICIÓN DE OLA

Las olas vienen de adentro  
y por fuera —ante tu sombra que se aquiega  
silenciando sus suspiros—  
se destruyen.

No otra ola. No tu cuerpo  
—que otras manos crecen, fortifican—,  
que cae como aletazo y grito y risa.

No el viento ni la voluntad  
que no vigila nadie.  
Sino la misma ola.

La ola  
se destruye  
por el miedo de perder su condición de ola  
se destruye sola.

Como la mirada  
mojada  
se apaga por sí sola.

(Es alegre  
el canto que se acaba  
y la tarde que se estira hasta romperse)

Desde dentro del mar se empujan  
los maderos rotos que se pudren

y salen a la orilla  
para hacerse astillas.

Como el día que madruga  
y que se dobla y suda  
y se despedaza solo, cuando vienes  
y te estás como un sabor a viento fresco  
entre los dientes.

No es el fin una palabra.

Es una cosa.  
Es un deseo, el hambre  
de escurrir como la luz sobre tu espalda  
o como la brisa en la pupila.

O como el tiempo suave entre la arena.

Ante ti  
ante tus senos  
que se ríen, que bromean  
con el agua que llega y se va sola,  
que no se aflojan,  
el mar se vuelve sombra.

¿A dónde  
irá a derrumbarse el mar  
con toda su luz y sus estrellas?

Sólo al destruirse las olas en tu cuerpo

llegan a ser justas, nobles  
olas.

El suicidio del crepúsculo  
que se trasluce entre las redes de tus manos  
lo hace inmensa y felizmente  
crepúsculo.

El nacimiento del mar  
no despedaza a otro.  
Él solo se destruye ante tu cuerpo.

Sólo lo que no existe permanece.

Sólo no puede destruirse el sueño  
por sí solo.

## AHÍ TENÍAN LA SOMBRA

Ahí tenían la sombra  
y a veces  
la palabra.

El silencio a voces.

Nadie más sabía la forma de los caminos  
inventados entre las boñigas calcinadas  
de la cuaresma  
sobre la bicicleta mohosa de aventuras.

El hombre de afuera no lo oía  
no lo copaba, no  
lo detenía.  
Se encerraba en el hombre de adentro  
que dejaba ver a veces  
el sol cercado  
por unas tres mil nubes nerviosísimas  
o el humo liberado  
de las ollas de donde se asomaban  
las ramas de epazote.

Ahí tenían la sombra  
moviéndose  
por sí misma  
y el alma  
estaba entre las piernas de la res primeriza  
desayunando

el almuerzo del torazo niño.

Ahí tenían al hombre.  
con su pensamiento a cuestas.

Los hombres, los de afuera,  
no podían  
dejarse por la vida ir caminando.

Lo miraron  
sacar su campo abierto. Sus estrellas  
prendidas todavía a un cielo claro.

Lo escucharon  
echando por las rejas sus caminos,  
sus redes apretadas  
de pájaros y ardillas y cigarras.

Brotaron de su frente panaderas  
recién bañadas, húmedas  
y un perro que ladró toda la tarde.

A los pies  
de los hombres libres  
rodaron las canicas y los trompos  
perseguidos por los gatos.

Y el río  
salió como un caballo.  
Hasta las canastas con frutas rebotaron  
en la calle.

Ahí tenían la sombra.

A veces el hombre de adentro llegaba  
a descansar junto a la sombra  
y enseñaba a caminar  
al centinela.

## TÚ MORIRÁS CONMIGO

Tú morirás conmigo, en mi costilla  
me dolerá tu muerte, fugazmente  
yo pensaré en tu seno, al fin ausente  
de la tarde, del alba, de esta orilla.

Quizá madre, ángel, diablo, pesadilla,  
serás, de otra memoria, terca fuente;  
mas tú, la de esta tarde, la que miente,  
conmigo, avaro pan de mi polilla.

Yo moriré contigo, moriremos  
en mansa comunión, cual tarde y trigo;  
hasta el olvido, uncidos, como remos.

Luz eterna quizá en otro testigo,  
fugaz por mí, hoguera de blasfemos,  
no luego ni antes: morirás conmigo.